El Asistente de Sevilla

Por TELESFORO DE TRUEBA

En una borrascosa noche de verano buscaban abrigo dos caballeros, bajo las frondosas ramas de una añeja y espesa selva. La lluvia caía a mares, y los relámpagos que por intervalos cruzaban las atmósfera hacían parecer aún más horrible aquella noche lúgubre y tenebrosa. Hallábanse ambos viadantes con las capas caladas por el agua; los cuerpos transidos de frío y humedad, infundían poca fortaleza al ánimo, el cual decaía más y más con la triste perspectiva de no poder salir por entonces de aquella siniestra posición.

—¡Válanos Santiago!—exclamó uno de los dos hidalgos—; vaya que la noche se nos presenta lisonjera. Pues digo con el agua que cae... no parece sino que diluvia... ¡Pardiez!, creo que aunque nos zambulleran en el Guadalquivir, no saliéramos más mojados de lo que nos hallamos.

—¿Y qué haremos ahora?—preguntó el otro compañero.

—¡Vive Dios, querido don Ferrán; me parece que lo mejor sería buscar algún albergue o guarida donde poder reposar y guardarnos mejor de la intemperie! ¡Mal hayan la caza, y los cazadores que nos han metido en este berenjenal!... Pero dónde habrán quedado esos zopencos de monteros!

—Recordad, señor—observó Fernán de Castro—, que no todos los castellanos son tan buenos cazadores como don Pedro, su rey.

—¡Bah, bah!—dijo el soberano con cierto desdén—; lo que tienen ellos, en efecto, es que saben guardar para mejor ocasión sus habilidades y destreza; por ejemplo, cuando en vez de levantar caza se trata de rebelar una provincia.

—Desechad, señor, esos tristes pensamientos—razonó Castro.

—¡Bravo, señor mío!...—exclamó el rey—. ¿Con que vale tan poco una corona que no merezca la pena de excitar la solicitud del que la posee?... Pero sí, por cierto, bien decís, querido Ferrán, tratemos ahora de buscar cena y cama, y dejemos para otra ocasión los cuidados de gobierno.

—Bueno está lo que decís, señor; sin embargo, veo muy difícil que hallemos donde recogernos—observó don Ferrán.

—De todos modos, lo mejor será que probemos fortuna—dijo el rey—, pues no es regular que la ventura se nos vengga por sí misma. Vamos, amigo mío; echemos a andar, pues aun cuando todavía llueve lo que sobra para anegar a un cristiano, sin embargo, no es tanta ya la violencia del temporal, y por cierto, que no nos ha de detener el temor de estropear nuestros ya ajados vestidos.

—Pronto estoy a seguiros—dijo Ferrán—; no obstante, señor, paréceme que habrá un inconveniente...

—¿Cuál?

—El mal estado de nuestros rocines, pues los pobres animalitos, lejos de podernos llevar, apenas pueden sostenerse a sí mismo.

—Nada, nada, que hagan un esfuerzo como nosotros... Pero atended, Ferrán, cuidado, que si hallamos algún abrigo quiero guardar el más riguroso incógnito.

Ambos caballeros volvieron a ponerse en marcha, y después de haber pasado mil penalidades y trabajos, tuvieron por fin la dicha de percibir una lucecita, en medio de aquella vasta floresta. Venía la luz de la choza de un cierto Juan Pascual, llamado por otro nombre el "Montañés", honrado labrador y hombre querido y acatado en toda la comarca. Profesaba este buen serrano la mayor aversión hacia las discordias civiles que comenzaban a devastar el reino, y para huir mejor del peligroso contacto del mundo, se había retirado a aquella espesura, donde vivía en paz en medio de una numerosa y timorata prole.

—Vamos, hijos míos...—dijo el "Montañés a sus hijos, luego que estuvo concluído el Rosario que rezara devotamente toda la familia—. ¡Vámonos ahora a cenar, y Dios nos dé su santa bendición!

De repente se percibió un vivísimo relámpago, y poco después resonó el fuerte retumbo de un trueno, que hizo estremecer hasta sus cimientos, a la endeble choza del buen Pascual.

—¡Qué noche tan terrible¡...—exclamó uno de los chicos—. No parece sino que ha llegado el fin del mundo.

—¡Dios ayude a los que van de camino!—dijo entonces la madre del infante.

—Por cierto, que al pobre que le haya cogido este aguacero—observó Pascual—se encontrará bien mal medrado... y ahora me ocurre..., quién sabe si hay algún viajero perdido en la floresta... Manuel, Manuel...—añadió, llamando a uno de sus hijos—. Ven, hijo mío, ven y me ayudarás a encender una hoguera frente al portal..., no creo que sea menester, pero de todos modos habremos cumplido con nuestra obligación, poniendo una seña que pueda guiar a los infelices extraviados.

Acto continuo echaron padre e hijo manos a la obra, y haciendo un gran montón de brezos y espinos, lograron

prenderle fuego a despecho de la lluvia, que todavía caía en bastante abundancia. Alumbrado este piadoso lucero, volviéronse a la cabaña los dos labriegos, y sentándose a la mesa comenzaron su modesta colación.

—Bien arde nuestra hoguera—dijo el Pascual—; por cierto, que no será fácil que la apague toda el agua que el cielo nos depara.

—¡Padre, padre!...—gritó uno de los chicos que se asomara a la puerta—, me parece que a lo lejos se oyen pasos de caballos.

—Muy buen oído tendrás, muchacho—observó Pascual—; lo que es yo puedo decirte que nada percibo.

—Prestad más atención, padre mío, pues no creo haberme engañado.

Acercóse el chico de nuevo hacia el portal, a cuyo punto en breve le siguió su padre.

—¡Dios sea loado...—exclamó el buen gañán—; no ha sido vana vuestra precaución..., en efecto, oigo ya el ruido que decías.

—Despacio andan los caballos—razonó el muchacho—; bueno sería que fuese yo a animarles un poco y guiarles por entre esta espesura.

Diciendo esto echó a correr con dirección hacia donde venía el ruido, y en breve volvió a parecer, acompañando a dos hidalgos caballeros en dos fatigados corceles.

—Bien venido sean sus mercedes a esta casa—exclamó Pascual, saludando alegremente a sus huéspedes.

—Gracias, buen hombre, gracias—respondió don Pedro, puesto que eran éste y su compañero don Ferrán los dos recién llegados.

—Mucho nos alegra este fuego—razonó el amigo del rey—, pues venimos enteramente calados y muy ateridos de frío.

—Por cierto, que traemos más agua encima de la que se necesita para mojar a un cristiano—añadió el rey, sacudiendo su capa, la que chorreaba en abundancia.

—En este caso—dijo el Pascual—, si no lo tomáis a mal, os daremos unos vestidos que, aunque toscos y groseros, serán más provechosos para el cuerpo que la humedad que ahora le cubre.

—¡Qué hemos de tomar a mal!...—exclamó don Pedro—. ¿Creéis acaso que tenemos la piel tan delicada que nos lastime la estameña? Vamos, vamos, hacednos el favor de darnos la ropa que decís, y nos quitaremos este peso de encima.

—¿Podría hacer una demanda a sus mercedes?—preguntó Pascual.

—Hablad, buen hombre—le respondió el rey.

—Pues señor, me parece que, a pesar del barro y porquería que mancha ahora los vestidos de sus mercedes, ello es que tienen traza de pertenecer a personas de alto rango.

—No andas, tal vez, muy errado...—razonó don Pedro—. Vamos a ver, ¿por quién nos tomarías?

—Qué sé yo...—dijo el labriego—, sin embargo, apostaría a que sus mercedes son de la corte del rey...

—En efecto, no somos de los menos acatados en Palacio...; pero deja que ahora nosotros sepamos también a quién debemos este generoso hospedaje.

—Yo me llamo Juan Pascual—respondió el gañán.

—¡Juan Pascual!...—repitió el rey—. ¿Sois vos, quizá, el Pascual conocido por el "Montañés"?

—El mismo, por cierto; nunca creyera que mi nombre fuese conocido en la corte.

—Mucho me alegro de haber encontrado una persona cuya honradez todos alaban. Sí, Pascual, sí, también se habla de vos en Palacio, pues por desgracia nuestra no es tan común la virtud, para que se oculte acaso donde se halle... Pero veamos si nos dan algo que cenar, pues traemos hambre larga.

Tanto el rey como su compañero se sentaron junto al hogar de su patrón, y gracias a la conversación de aquellas gentes, no menos que a la abundante cena que les fué servida, en breve tuvieron olvidada su pesada y fastidiosa aventura.

—Hablábamos de Palacio...dijo el rey, —¿habéis estado vos alguna vez, patrón?

—Nunca, a Dios gracias—respondió el "Montañés".

—¿Cosa tan mala la juzgáis?—preguntó el rey, algo sorprendido.

—¿Qué sé yo?, mas veo que me va muy bien estando retiradito acá, en este rincón de mundo y, por cierto, que no lo trocaría por todo el boato de la corte.

—Todos sois lo mismo—observó el rey, amostazado—; ¡jamás sabéis salir de vuestra cantinela contra lo que llamáis vanidades cortesanas!

—Perdonadme, señor hidalgo—dijo Pascual—; no llevo intento de ofenderos, pero me parece que debierais concederme, que no es Sevilla el punto que tenga más atractivo para un hombre de bien y amigo de reposo... ¿Pues qué, son cosa de poca monta los disturbios que siempre traen allí alterada la paz?... Y qué diremos de los desmanes de los cortesanos, de las graves faltas del rey...

—Callad, callad, buen hombre...—dijo Ferrán, interrumpiendo a su patrón—; no olvidéis que somos de la corte y que tal vez Su Alteza podría llegar a saber vuestras palabras.

—Lo que yo digo aquí se lo repitiría al mismo rey...—respondió Pascual con firmeza—. Sí, señor, nada me impondría la suma violencia de su carácter, si me viese en caso de tener que hablarle, siguiendo los impulsos de mi conciencia.

—¡Pardiez!, muy atrevido es el hombre—dijo el rey,

—Soy hombre de bien y esto me basta —respondió Pascual.

—¿Vaya, pues, y qué tendría que hacer para que las cosas fuesen a gusto vuestro?—preguntó don Pedro.

—En primer lugar, nunca debería quedar impune el crimen.

—¡Impune!...—exclamó el rey, con cierto asombro—. Me parece, patrón, que no estáis muy al corriente de lo que pasa, pues de lo contrario sabríais que el brazo de la justicia castiga siempre todos los delitos.

—Ya sé que el rey quisiera que esto fuese, pues sobradas son sus faltas para que yo le niegue ahora el título de justiciero, que por fortuna merece... ¿Pero acaso no es una lástima ver la culpable apatía del asistente y demás magistrados de Sevilla, quienes nada hacen para atajar los horrorosos progresos que diariamente hace el crimen?

—¡Ah, maese Pascual—observó el rey; —cosa muy fácil es censurar las acciones de las autoridades, pero yo quisiera veros en su lugar y entonces pronto mudaríais de lenguaje.

—Ya sé que los hombres son mejores para predicar la virtud que para ejercerla por sí mismos—respondió Pascual; —sin embargo, dejando aparte esta moral debilidad de nuestra especie, otra vez vuelvo a mi tema, de que el comportamiento de los gobernantes de Sevilla es inicuo, y que podrían evitarse muchos de los delitos que allí se cometen, si fuesen capaces de aplicar indistintamente a todos la vara de la ley... Pero ya se ve; por una parte obran ciertos intereses y respetos, por otra media el temor de comprometerse con los grandes...

—No entiendo qué clase de compromisos pueda haber—observó Castro, interrumpiendo al "Montañés".

—Pues yo se lo diré a su merced—respondió Pascual—. Aunque viva aquí, en este rincón de mundo, no por esto ignoro lo que pasa en Sevilla, y me consta muy bien que la mayor parte de los homicidios que se cometen todas las noches proceden de ciertas aventuras y galantes desvaneos, puestos en boga por el mismo rey y sus palaciegos. Es un escándalo lo que pasa: no hay padre, hermano ni esposo que se halle a cubierto de las culpables tramas de estos desenvueltos libertinos y, por cierto, que hasta se asegura que el rey don Pedro es uno de los que más se distingue en estos indignos manejos.

—Os han engañado, señor Pascual—dijo Ferrán de Castro, temeroso del enojo que tal vez excitara en el rey la indiscreción del buen labriego.

—¡Ojalá Dios!—respondió el "Montañés"—; pero, por desgracia, los hechos prueban clamente cuán exacto es lo que yo he dicho.

—Pues yo quisiera veros "Asistente de Sevilla"—dijo el rey, medio sonriéndose—y por cierto que me gustaría saber el modo cómo os gobernaríais entonces.

—Su merced se burla de un pobre hombre; pero quizá, y sin quizá, no lo haría tan mal como se piensa.

Habíase concluído la cena, y el rey y su compañero, que tenían gran necesidad de reposarse, se retiraron al cuarto que les fuera destinado. Agradárale al rey la rústica entereza del buen gañán, y sus razones excitaran una merecida melancolía en el monarca. Pero Ferrán, que equivocó acaso la tristeza de don Pedro, atribuyéndola a desagrado por la abierta franqueza de su huésped, trató desde luego de defenderle en lo posible.

—Este Juan Pascual—dijo—parece hombre de bien...

—Sí, por cierto—respondió el rey.

—Está algo mal informado de lo que pasa...

—Nada de esto..., yo veo que está muy al corriente de todo.

—Sin embargo, Vuestra Alteza debe disculpar su ignorancia, pues es seguro que no sabía con quién hablaba.

—Al contrario, yo me alegro en el alma de haber conservado el incógnito.

—Pero este hombre ha dicho algunas cosas bastantes duras...

—Mejor diréis sinceras, y a fe mía que por mucho que se ensalce la franqueza de este labriego, dudo que hubiese hablado tan claramente al rey don Pedro.

Siguióse un momento de silencio, y el continuó:

—Ya veo, Ferrán, qué objeto llevan nuestros circunloquios... Vos teméis que las verdades que nos ha dicho el buen Pascual, hayan excitado mi enojo...; confieso que a nadie habría agradado una crítica tan amarga, pero contad que no le será funesta. Mas es tarde ya, y será bueno que nos acostemos para poder madrugar mañana... Buenas noches, amigo mío, buenas noches.

En tanto, hacía Juan Pascual las conjeturas más variadas acerca de la calidad de sus dos huéspedes. Su mujer temía que el buen hombre hubiese soltado demasiado la lengua, pues no había mucho que fiar en el secreto de los cortesanos; y sus cuitas se agravaron bastantemente, cuando la mañana siguiente dijo el rey al despedirse:

—Adiós, querido patrón; estad bien seguro de que pronto oiréis hablar de mí y tal vez volváis a verme mucho antes de lo que pensáis.

Ya que estuvieron fuera los dos hidalgos, llevada la mujer del "Montañés" de aquella prolija sensibilidad tan común en su sexo, principió un larguísimo sermón sobre la prudencia, virtud que, a su entender, no poseía mucho su marido.

—¡A fe mía que la habéis hecho buena!...—decía, cruzando los brazos y mirando fijamente al objeto de su apóstrofe—. ¿Quién os hacía charla de esta manera, ante dos mequetrefes que quizá se les haga ya tarde por ir a repetir vuestras palabras al rey? ¡Pobre de nosotros!... Siempre habéis de ser lo mismo...; bien digo yo que vuestra habladuría ha de ser algún día la perdición de nuestra casa!

—¿Y qué he dicho yo para que te alarmes ahora de este modo?—preguntó el ingenuo labrador.

—¡Pues no es nada, venirse ahí murmurando del rey, de sus cortesanos y de todos los grandes y magnates de Sevilla!

—¿Pero que no es la pura verdad todo lo que he dicho?

—La verdad es; ¿pero ignoras acaso que siempre debe callarse? Ya se ve, tú piensas que con tal de ser hombre honrado, no tener trampas, ir a misa y quitarse el sombrero por todo el mundo, es lo que basta para poder hablar cuando se te antoje... Pero quiera Dios que algún día no tengas que arrepentirte de tu poca prudencia y madurez...

—Vamos, vamos, Juana, déjate de tonterías... otra vez seré más cauto.

—Yo quisiera saber qué te importa que el rey vaya o no de picos pardos, ni que mate o deje de matar a todo el mundo... Procura cuidar de tu casay tu hacienda, y allá se arreglen los demás.

Todavía se habría extendido la perorata de la buena Juana, a no haber tomado su marido el partido más prudente en semejantes casos. Atufóse bonitamente, y dejó que ella desahogase a solas todo el mal humor y enfado. Pero por desgracia no fueron vanas las sospechas de la pobre mujer, pues a pocos días se presentó un mensajero en casa del gañán, diciéndose portador de un recado muy importante. Hallábase a la sazón el Pascual ocupado en sus labranzas, y como su mujer era bastante curiosa, todo era querer adivinar lo que ocurría, mientras que se avisaba al "Montañés"

—Y bien, señor hidalgo—dijo luego que hubo dado algún refrigerio al recién llegado—, ¿podríamos saber qué negocio traéis entre manos con mi esposo?

—No creo que sea ningún secreto: vengo con órdenes de llevarle a Sevilla.

—¡A Sevilla!... ¿y a qué bueno?

—Esto el rey es quien debe decirlo.

—¡El rey!... No os entiendo, por vida mía...

—Pues bien claramente me explico... el rey le manda llamar.

—¡Dios mío!... ¡Y qué le querrá hacer a mi pobre Pascual!

—Vamos, no os alteréis, buena mujer, —dijo el mensajero sonriéndose.

—No me llaméis así... sabed que soy un dragón, una arpía cuando se trata de defender a mi pobre marido... Habrá podido cometer una imprudencia, pero nunca fué traidor.

—¿Y quién habla de traición?

—Es que habéis de saber que no hay mejor corazón en toda Castilla... A fe mía que no creo que el rey ni todos sus palaciegos...

La pobre mujer iba perdiendo ya el tino cuando llegó felizmente el Juan Pascual, a cuya vista tomó otro rumbo su femenina elocuencia.

—¿No os lo decía?... ¿No os lo decía? —exclamó la tía Juana en cuanto hubo divisado a su marido... Ahora veréis de qué sirven vuestras bravatas... ¡El rey os manda prender por delito de traición! Por cierto que ya me lo había temido, y bien pudiérais vos poner más crédito en la prudencia de vuestra esposa.

Asombrábase el buen hombre al oir la palabra traición, pero como conocía muy bien la viveza de genio de su mujer, creyó que valía más que sonsacase al recién llegado antes de tomar por lo serio aquella escena. Sin embargo, no era cosa tan hacedera a través del flujo de palabras de la buena mujer; mas habiendo llevado aparte al mensajero, pudo tranquilizarse acerca de lo amigable de su embajada.

Grandes fueron los lloros y los gemidos de la tía Juana al separarse de su marido; pero habiéndola consolado éste en cuanto supo, montó en una arrogante mula, y ofreciendo enviar nuevas de su suerte, tomó el camino de Sevilla, acompañado del portador de la orden que motivaba su viaje.

Esperábanles ya en las puertas de la ciudad, y al momento fueron llevados a palacio. Comenzaba a sentir Pascual algún escozor a vista del rumbo que tomaba esta aventura, cuyo misterioso carácter no le agradaba mucho. No obstante, escudado con su inocencia, procuró conservar su habitual serenidad, y, habiendo sido conducido a un magnífico salón del Alcázar, esperó gravemente el desenlace del drama. Abrióse en esto una puerta secreta y, con suma sorpresa y admiración, vió aparecer a uno de sus huéspedes, en vez del rey, a quien se le había dicho debía esperar.

—Juan Pascual—dijo este personaje con tono grave, aunque nada hostil—, recordaréis vos que al despedirnos dije que pronto volveríamos a vernos.

—En efecto, señor...

—Pues ya veis que cumplo lo ofrecido. ¿Os acordáis de la conversación que tuvimos durante la cena?

—Sí, señor—respondió el "Montañés" con gran firmeza.

—¿Os acordáis también de la censura que prodigasteis con respecto a cierta parte de administración, que os parecía algo descuidada?

—No he olvidado nada de lo que dije.

—Pues bien: sabed que el rey tiene conocimiento de esta conversación.

—Lo siento en el alma, no porque me arrepienta de lo dicho, sino porque habré de rebajar el concepto que me merecieran los caballeros a quienes di hospedaje, y a los cuales debo ahora considerar unos soplones.

—En efecto, sería muy infame su proceder, pero no ha sucedido lo que pensáis.

—Pues no os entiendo, señor mío.

—La cosa es clara: uno de vuestros dos huéspedes era el mismo rey don Pedro.

—¡Sería posible!—exclamó el gañán hincándose de rodillas y besando respetuosamente la mano del monarca.

—Levántate, levántate—dijo éste—. Sí, yo soy el rey de Castilla, el que llaman cruel y tirano por doquiera. Y bien ¿no temes de hallarte en mi presencia?

—No, señor—respondió el "Montañés" con firmeza—. Nada me acusa la conciencia.

—Y qué, ¿no te retractas de lo dicho la otra noche?

—No, señor; absolutamente.

—Cuidado con lo que dices...

—Sé muy bien a lo que me expongo, pero nunca supe disimular la verdad.

—¿Y sigues aún en la creencia de que pudieran contenerse los desórdenes que todas las noches alteran la paz de Sevilla?

—Sí, señor; estoy convencido de ello.

—¿Y piensas también que los magistrados faltan a sus deberes?

—Lo mismo que lo dije entonces.

—¡Vaya, eres muy intrépido! Y dime, si por una rara casualidad llegases a verte Asistente de Sevilla o dignidad semejante, ¿qué harías, de qué modo quisieras gobernarte?

—A pesar de que hace Vuestra Alteza una suposición bien singular, sin embargo, contestaré que no por esto omitiría el cumplimiento de mis obligaciones.

—¿Sin desviarte por lo más mínimo?

—Como lo digo, señor.

—¿Aunque te costase pesadumbres y desaires?

—Ciertamente.

—¿Y si el rey anduviese comprometido en algo?

—Le mediría con la misma vara que al vasallo.

—Bravo, Pascual; venga esa mano, por vida mía debo proclamarte el primer castellano que se haya atrevido a hablar tan claramente al rey don Pedro. Ahora bien, veremos qué tal ejecutas en la práctica lo que tan bien aseguras de palabra. En tu mano está poner el remedio que necesitan los males que tanto has lamentado.

—Cómo, señor...

—Desde este instante quedas nombrado "Asistente de Sevilla".

—¡Ah!, señor, tenga Vuestra Alteza más miramiento a mi humilde condición.

—Nada, nada, hedicho ya, y por cierto que sentiría tener que persuadirme de que sólo eres bueno para hablar.

—Nunca será dicho tal, señor, y en prueba de ello acepto gustoso el destino que Vuestra Alteza me confiere.

Al momento fué dado a reconocer el nuevo "Asistente", y habiendo recibido el homenaje de los "veinticuatro", empuñó resueltamente la vara que se le confiaba, decidido a no doblegarla por ningún género de consideraciones o temores.

Hallábase Sevilla a la sazón entregada a los mayores desórdenes, especialmente de noche, a cuya sombra se cometían las acciones más torpes y perversas. Cundía y se había desenvuelto entre todos los cortesanos cierto espíritu aventurero, el cual les llevaba a cometer mil excesos, y escudados bajo mentidos disfraces, no dudaban en manchar su buen nombre con los crímenes más feos. Por otra parte, las crueldades de don Pedro habían excitado cierta indiferencia hacia los homicidios y violencias, de manera que sólo los parientes de la víctima solían tomar algún interés en unos sucesos que no hallaban ningún eco en la generalidad del pueblo sevillano.

Desde luego tomó Juan Pascual las medidas más eficaces para contener aquellos desmanes, y, sin atender a quejas ni murmullos, reemplazó casi todos los subalternos de la administración, concediendo sus empleos a personas de honradez y confianza. Promulgó severos edictos, prohibiendo todo callejeo nocturno, y creó un fuerte y numeroso cuerpo armado, para que rondara de noche por las calles, celando el cabal cumplimiento de las disposiciones que tomaba. Apenas habían transcurrido algunos días, cuando ya comenzaba a sentirse el benigno influjo de su acertada administración: la firmeza y actividad del nuevo magistrado impedía los anteriores alborotos, y la prisión ejecutada en personas de la más alta condición, infundía a todos los buenos la firme confianza de que lograría cortarse de raíz el mal que tanto había aquejado a la triste ciudad.

Pero lo que sobre todo hizo resaltar la presencia de ánimo y firmeza del nuevo gobernante fué la aventura siguiente: En lo mejor de la noche oscura, llegó a ser descubierto cierto embozado, el cual andaba rondando por una de las calles más sospechosas de Sevilla. Sin embargo, como este hombre seguía siempre andando, el centinela apostado se había abstenido de reprenderle, limitándose por entonces a observar bien sus pasos. Sucedió, pues, que el desconocido se acercó a una puerta cerrada, y llevando la mano a la aldaba, comenzó a llamar con gran fuerza. Nadie respondía y el embozado juraba y perdía ya la paciencia, cuando he aquí que se abrió una ventana, y asomándose una mujer, rogó a aquel que así llamaba que se retirase y no siguiese molestando a una gente honrada que nada tenía que ver con él.

—¿Sabes quién soy?—preguntó el desconocido.

—Nada me importa saberlo—respondió la vieja—; pero poned cuenta en lo que he dicho o haréis que llame a un guardia. La señorita a quien buscáis no para ya en esta casa, porque se ha marchado de ella para evitar así mejor vuestras importunas persecuciones.

—¿Y dónde está ahora?—preguntó el embozado.

—No tengo reparo en decirlo, ya que al menos se halla bajo el amparo de quien podrá defenderla. Ha ido a casa de su hermano, el señor don Ferrán de Castro, donde, sin duda, hallará mejor abrigo, que no al lado de una tía pobre y sin medios para protegerla.

Diciendo esto, cerró la vieja la ventanilla, dejando a nuestro galán en la mayor incertidumbre. Pero su estado no fué de larga duración, puesto que se presentó el centinela que le observara y contono firme y severo, le intimó que siguiese largo su camino.

—¿Qué quieres, bribón?—exclamó el desconocido—. Sabe que no me da la gana de menearme de este sitio.

—Retírese su merced, y no me haga recurrir a medios más violentos.

—¿Quieres callar, desvergonzado—replicó otra vez el embozado—. Déjame en paz y vete con mil diablos.

—En nombre del rey, os mando que os retiréis—dijo el guarda.

—Y yo también en nombre del rey te mando que me dejes en paz—respondió el desconocido.

Otra vez volvió a intimar su orden el centinela; pero viendo la tenaz obstinación de aquel hombre singular, echó por fin mano a sus armas para obligarle a obedecer a viva fuerza. Trabóse entonces una reñida pendencia entre ambos contrincantes, puesto que el desconocido recurrió también a la espada que ceñía, y por entre las tinieblas más densas, comenzaron a repartirse recíprocamente sendos tajos y reveses. En esto se abrió cautelosamente una ventanilla de cierta casa que estaba frente al lugar del combate, y asomándose una vieja con un candil encendido, principió a hacerse cruces y a pedir auxilio a grandes voces. En aquel momento acababa de sucumbir el triste funcionario, atravesado el cuerpo de una estocada.

—¡Socorro, socorro!—gritaba la vieja.

—Calla, maldita bruja—pensó el asesino; pero al mismo tiempo envainaba su espada, y poniendo luego pies en polvorosa, logró evadirse con bastante oportunidad para librarse de los vecinos que acudieran, movidos no solo de los gritos de la vieja, sino también del fuerte ruido de armas que antes se había oído.

—¡Pobre hombre!—dijo la vieja—; está muerto... ¡Dios le haya perdonado!

—Sí, sí, comadre, está tan muerto como mi abuela—observó uno de los concurrentes.

—¡Pues digo con la estocada que le han pegado—dijo un tercero.

—¡Dios le haya perdonado!—volvió a exclamar la tía Tomasa.

La mañana siguiente recibió el Asistente el parte de la ocurrencia, pero era tan misterioso el caso, que había poquísima traza de poder averiguar quién fuese el aleve matador. Sin embargo, como Juan Pascual no era hombre capaz de desmayar por nada, llamó a los vecinos del barrio donde se cometiera el crimen, y les sujetó a un minucioso interrogatorio. Trabajo vano... Iban tomadas ya casi todas las declaraciones y ninguna luz podía sacarse de sus relatos, pues el que más había visto el cadáver y ninguno presenciara la pendencia, ni menos reconociera al homicida. Por fin llegó su vez a la tía Tomasa, la cual, con gran contento del Asistente, declaró que quizá quizá, podría dar algunos indicios acerca del grave asunto en cuestión.

—Vamos, vamos, decid todo lo que sepáis—dijo el magistrado, llevado de una grande esperanza.

—Entonces, salvo el permiso de su merced—contestó la vieja—, ha de saber que anoche, cuando estaba concluyendo mis rezos y plegarias, en el momento en que iba ya a acostarme, oí un ruido de los demonios en la calle. Como soy así, un poquito curiosa, asomé la cabeza a una ventana y pude ver a dos hombres que andaban a trastazos, uno de los cuales cayó en breve atravesado por la espada de su contrario.

—¿Y pudiste conocer al matador?

—No quisiera jurar en vano, pero me parece que no me es desconocida su persona.

—Y bien, ¿quién es?... ¿Quién es?—preguntó el Asistente.

—¡Oh!, yo me guardaré bien de decirlo, porque además de que no lo sé muy de fijo, y luego...

—Dejad esos rodeos, pues son de todo punto inútiles. Decid quién es la persona que pensáis, o de lo contrario podría pesaros vuestra terquedad.

—A su merced le cuesta poco de mandarlo; ¿pero si después a mí me buscan el cuerpo por lo que ahora declare?

—No temáis, buena mujer, porque la espada de la ley protegerá vuestra persona.

—Pues bien...—exclamó la vieja, después de haber vacilado un tanto—, el sujeto que yo me figuro..., cuidado, señor, que yo no digo que sea, pues solamente es una sospecha mía..., pues bien, pues bien, este individuo... es nada menos que el rey.

—...¡El rey!—repitieron varias voces con el mayor asombro.

Mucha fué la sorpresa que a todos causó esta revelación; Juan Pascual arrojó un profundo suspiro, pero recobrando luego su serenidad, se hizo cargo de que había llegado la hora de poner en práctica los severos principios de que tanto blasonara. Al momento hizo despejar el salón de audiencia, y quedando a solas con la vieja y con gente de justicia, mandó extender un escrito al rey, rogándole que compareciera al momento ante el Tribunal.

Al recibir don Pedro una invitación tan inesperada, pensó, desde luego, que Pascual se había vuelto loco, cuando menos, pues si el Asistente tenía algo que decir al soberano, más propio era que fuera aquél al Alcázar real, que no que la majestad descendiera yendo a buscar al vasallo. Sin embargo, deseoso el rey de saber en qué consistía una demanda tan singular, condescendió con la petición de su amigo, y habiéndose dirigido adonde se hallaba, encontróle sumergido en la meditación más profunda.

—Y bien, señor Asistente—preguntó el monarca, harto más sorprendido al ver la poca mella que causara su presencia—; y bien, ¿podrá saberse qué significa el extraño proceder que usáis para con vuestro rey y señor?

—¡Rey de Castilla!...—exclamó el magistrado, levantando lentamente la cabeza—. No hace mucho que depositasteis en mis manos la vara de la justicia, para que no se doblegara por consideraciones ni temores... De este deber, que no he olvidado, ha nacido el emplazamiento que os he hecho, para que presentándoos ante mi Tribunal, pudieseis responder a los cargos que se os hacen, como acusado de homicidio.

—¿Y quién es el menguado que se ha atrevido a acusarme de tal modo?—exclamó don Pedro, llevado del mayor enojo.

—Graves son las sospechas que se elevan contra vos, y esta mujer que está aquí presente...

—¡Maldita bruja...—dijo el rey—. ¡Bien temía yo que con sus gritos alborotaría todo el barrio!...

—Según esto, ¿ya no negáis el crimen?

—Despacio, despacio, señor Asistente; el crimen que vos soñáis no es tan grave como parece. Es verdad que he muerto a un hombre, pero ha sido en leal defensa de mi persona, amenazada torpemente por un asesino nocturno.

—Os engañáis, señor; este infeliz no era un asesino, sino un ministro de justicia, que ha perecido cumpliendo sus deberes.

—Tal vez un celo desmedido le haya hecho propasar un poco demasiado.

—La ley no admite subterfugios—replicó el Asistente, con tono firme—y vos mismo acabáis de declararos asesino.

—¡Cómo asesino!...—exclamó el rey—. Miente quien tal diga, pues yo sólo hice defenderme.

—¿Y por qué no obedeciste cuando como no lo dudo, se os mandó que os retirarais?... Considerad que por mucho que puedan favorecer vuestra causa las circunstancias que alegáis, siempre milita contra vos el desacato a las leyes y el menosprecio hacia los encargados de su cumplimiento. No creáis que vuestro rango sea una escudo que os proteja contra los fallos de la justicia... No, don Pedro..., mientras que mi diestra empuñe esta vara, no será dicho que hubo quien faltó impunemente a la ley... Oid, pues, ahora la sentencia que mi deber me obliga a pronunciar: mañana, a mediodía, compareceréis en el mismo lugar donde se cometió el crimen, y allí sufriréis la pena que os corresponda en justicia; y cuenta que si en algo tenéis la salvación de vuestra alma, os recomiendo la contrición y arrepentimiento, que debe acompañar a todo pecador.

Pronunciadas estas palabras, hizo el Asistente un gesto con la mano para que el rey se retirase, y después se dirigió a otra estancia.

No podía concebir don Pedro aquello mismo que estaba presenciando. Veíase humillado y confuso, pareciéndole imposible que hubiese un hombre capaz de ajarle de tal modo. Pero convencido al fin de la rectitud y firmeza del Asistente, y llevado ya de cierto espíritu de justicia que le era natural, a pesar de sus muchos defectos, admiró la noble conducta de Juan Pascual, decidiéndose por fin a sujetarse a sus mandatos, pues no se le ocultaba, entre otras cosas, el grande efecto que produciría en el pueblo este rasgo de deferencia hacia la justicia.

En tanto corría ya por todo Sevilla la nueva de este extraordinario proceso. Creíase generalmente que si el rey se sujetaba momentáneamente a las disposiciones del Asistente, sería sólo para castigarle después con más crueldad, y todos compadecían la suerte del triste Juan Pascual, a quien se consideraba voluntaria víctima de su integridad y amor a las leyes. Pero el Asistente no perdía el tiempo en vano, e inaccesible al temor o a los quebrantos, tomaba todas las disposiciones necesarias para asegurar el ejemplar castigo del crimen cometido. Llegó por fin el día señalado, y ya desde muy temprano se hallaban ocupadas todas las avenidas del lugar de la cita, por un numeroso gentío, cual se agolpaba también por las cercanías del Alcázar, esperando ansiosamente el crítico momento de la confirmación o desvanecimiento de sus temerosos recelos.

—Y bien, amigos míos...—decía don Pedro a sus amigos, quienes no podían volver en sí del asombro que les causaba la resignada conducta del rey—; y bien, ¿oís los gritos y algazara que suenan por la plaza?... Ya se ve, mis amados vasallos esperan la hora del desenlace del drama que ha combinado el bueno del asistente, y será fuerza que también nos sometamos a sus caprichos.

—¿Cómo, señor—exclamó uno de los cortesanos—; tendría, tal vez, Vuestra Alteza intención de acceder a las extravagancias de este villano?

—Y quién lo duda...—respondió el rey. —Hoy quiero dar a Castilla un público testimonio de mi deferencia a la autoridad constituída.

—Cuidado, que vuestra condescendencia no origine un precedente peligroso —observó otro palaciego—. Si hoy renuncia la corona alguna de sus prerrogativas, no será extraño que mañana se vea hollada y escarnecida.

—¡Tranquilizáos, amigos míos—dijo el rey—; ojalá que nunca me amagaran mayores recelos que ahora...! Pero, señores, se acerca ya la hora fijada, y será preciso que marchemos.

Los tumultuosos y crecientes gritos de la turba que ocupaba las avenidas del Tribunal del Asistente, demostraban a las claras su impaciencia; pero no tardó en apaciguarse aquel afán, viendo varios ministriles y empleados subalternos de justicia, quienes comparecieron llevando un manequín ingeniosamente colocado sobre un arrogante caballo. Grande fué el asombro de la muchedumbre al reconocer en aquella efigie una exacta semejanza con el rey, cuyas insignias usaba. Salió después la corporación de los "Veinte y Cuatro", cerrando la marcha el Asistente en persona, rodeado de todos sus oficiales. De este modo se puso en movimiento aquella comitiva, al son solemne de lúgubres atabales, y habiendo llegado al lugar donde se cometiera el crimen, colocóse la efigie de don Pedro sobre un tablado, a cuyo lado se situó el verdugo, esperándose en esta disposición la llegada del rey emplazado.

—Aquí estoy—dijo don Pedro, presentándose en breve rato al Asistente—. Veamos ahora cómo termina esta singular ceremonia.

—¡Rey de Castilla!—exclamó el Asistente—, preparaos para oir vuestra sentencia y presenciar su inmediata ejecución.

Oyendo esto uno de los cortesanos que acompaña a don Pedro, encaróse, lleno de arrogancia, con el Asistente; pero éste, sin demudarse en lo más mínimo, se contentó con mandar a sus gentes que pusieran en el orden a aquel perturbador de la paz pública.

—Caballero—dijo también don Pedro con tono grave al que así había faltado al decoro—; respetad y temed cual es debido a un magistrado que no ha vacilado en arrostrar la saña del rey de Castilla.

Esta mansedumbre del rey acreció el asombro de todos los presentes, y habiéndose restablecido el silencio que alteraran las hablillas de los espectadores, pronunció el Asistente con voz muy pausada la sentencia que antes firmara contra el rey.

—Don Pedro de Castilla—dijo—, vuestra misma confesión ha probado suficientemente el crimen de homicidio, cometido en la persona de un inocente, de un agente de la justicia, y este crimen horrendo es merecedor de la pena de muerte.

Aquí circuló un violento murmullo entre toda la multitud.

—¡Silencio!—gritó el rey, dirigiéndose a los presentes—; nadie interrumpa al magistrado.

Juan Pascual prosiguió su habla.

—Mi autoridad no alcanza a lo sagrado de vuestro carácter, pero por esto no se eludirá el cumplimiento de la sentencia. Una efigie que representa vuestra persona, sufrirá la pena de la ley, cuya ejecución presenciaréis vos en este sitio, para escarmiento de todos y castigo en lo que os toca. ¡Hola! ¡Ministros... haced ahora lo que os está mandado!

En esto subió el verdugo al tablado, donde se depositara la efigie, y empuñando una acerada hacha cortó de cercen la cabeza que representaba ser la misma del rey don Pedro. Este nuevo rasgo de temeridad excitó la consternación general y no había quien pudiese concebir la calma y apatía que manifestaba el rey en presencia de unos hechos tan ofensivos a su persona, mayormente luego que el Asistente hubo mandado colgar aquella cabeza, por espacio de un mes, en el mismo sitio donde se verificaba la sentencia.

—Honradísimo Asistente...—dijo por último el rey, dirigiéndose a aquel íntegro magistrado... Mucho me aplaudo de haberos confiado la recta administración de la justicia, y ya no dudaré jamás que vuestro corazón sea realmente insensible al quebranto o al soborno. En prueba del agrado que me merece un proceder tan recto y firme, y para que su memoria se perpetúe en todos los siglos venideros, quiero que el busto que debía colocarse en este sitio sea reemplazado por otro de piedra, de igual forma y disposición, el cual permanecerá aquí no sólo un mes, sino hasta el completo fin de esta ciudad.

Al oirse estas palabras estallaron por doquier los más estrepitosos aplausos. El rey gratificó a la tía Tomasa, en premio de su veracidad en la declaración que prestara, y desde entonces puso la más completa confianza en la integridad del bueno del "Montañés".

Todavía existe en Sevilla la calle llamada del "Candilejo", cuyo nombre conserva en memoria del candil que sirviera a la tía Tomasa para reconocer al matador. En una de sus tortuosas esquinas puede reconocerse cierta efigie de piedra, que a pesar de los estragos del tiempo manifiesta ser un busto humano, el cual, según la tradición popular, es el mismo que allí se colocara de orden del rey don Pedro, corroborándose esta creencia con el testimonio del historiador Zúñiga, quien consigna claramente los hechos hasta aquí referidos, en sus "Anales de Sevilla".